

le pareció lo que realmente era: un dechado sublime de lealtad y de arrojo.

—Prepárate—dijo Juan María.

—¿Hay necesidad de armas?

—No.

—¿De dinero?

—Tengo.

—¿Cuánto tiempo durará el viaje?

—No te importa.

Un coche alquilado por Juan María, en la estación de Montauban de Bretaña, el mismo en que habían ido el conde y el barón, con sus dos cochinos, aguardaban en la verja del parque.

Quando montaron, á las once de la noche, Juan María habló aparte á su hermano, y le dijo:

—¿Odias al señor de Vaudrey?

—A muerte.

—Te he prometido que quedarías satisfecho.

—Sí.

—Pues bien..... ha llegado la ocasión.

—¡No me engañes!

—Lo verás con tus propios ojos.

El cochero arreó los caballos, crugió la pesada máquina y partió al trote con tumbos pavorosos.

## VIX

## EL CONTRATO MATRIMONIAL.

Llegó el gran día.

A las diez y media de la mañana, el notario señor Durand, se presentó en la sala principal de la casa de la avenida de Mesina.

El señor Durand, joven todavía, elegante y correctamente vestido, saludó primero con una profunda reverencia á la novia y al duque que se hallaba á su lado y luego, con un ademán afectuoso al barón Noel, á Renaudet y al conde de Plelau.

Dejó luego una carpeta de pergamino bastante ligera sobre una mesa magnífica, de taracea y bronce dorado, que habia pertenecido en sus primeros tiempos á la marquesa de Pompadour.

En aquel vasto y suntuoso salón, no habia una tela, un cuadro, un mueble, ni un *biblot*, que no tuviese el sello del frívolo y gracioso estilo de aquella época.

Sólo cuatro amigos acompañaban al señor de Vaudrey.

Los novios habian decidido, de común acuerdo, que la ceremonia del matrimonio se verificase sin fausto ni ruido.

—Aquí está el contrato, dijo el notario.—Cumpliendo la voluntad de los contrayentes, lo he extendido en pocos renglones. El sistema aceptado es el de separación de bienes. Los esposos conservan sus derechos.

Así ni ahora ni en adelante pueden ocurrir dificultades, ni dudas. No falta más que la firma.

El duque y la futura duquesa seguían los consejos del banquero.

Nada más sencillo ni más delicado.

De este modo evitaba Luisa al duque la humillación de confesar su ruina.

Aunque un matrimonio es, por lo común, una ceremonia alegre, la concurrencia estaba reservada y fría.

La sombra del primer marido de Luisa vagaba, por decirlo así, por los frisos del espléndido salón que no había destinado al amante de su esposa.

La novia y el duque mantenían una actitud digna, y el mismo notario, á pesar del placer que le causaba el enriquecer su protocolo con tan hermosa escritura, guardaba un continente en armonía con el de los novios.

Entregó la pluma á la desposada y firmó con mano ligeramente temblona.

El duque firmó con bastante desenfado, los testigos con gravedad, el notario con interior alegría.

En los labios del barón Noel hubo como un conato de imperceptible sonrisa sarcástica.

Aquella firma era el primer acto del drama que en secreto había preparado.

Las formalidades de la alcaldía fueron cuestión de instantes.

El Nuncio del Papa bendijo en su capilla aquel enlace aristocrático.

Era lo menos que podía hacer en honra del último vástago de la raza de los Vaudrey-Laugou, cuyo origen se remonta más allá de San Luis, y aun de la primera Cruzada.

A la ceremonia religiosa, bendecida telegraficamente por el Papa, asistieron pocas personas.

El reciente luto de la novia explicaba el poco aparato con que se verificaba la boda.

Luisa Renaud, duquesa de Vaudrey-Laugou, dejó la capilla después de recibir las felicitaciones de los escasos invitados y de despedirse el barón que, según confesión del mismo duque, estuvo estremadamente amable y bondadoso con su cuñada.

Perteneía ya al hombre de su elección.

La cadena quedaba sólidamente sujeta al pie de los dos cómplices.

A las dos de la tarde, la ex-baronesa de Bresson, con su nuevo marido, volvía á su casa de la avenida de Mesina, en su cupé arrastrado por un magnífico tronco.

El barón Noel no volvió á su casa.

Algunos minutos después de entrar la novia en la avenida de Mesina, el carruaje del banquero volvió, pero vacío, solo con el cochero y el lacayo.

La duquesa parecía haber olvidado por completo los sucesos terribles de los dos años anteriores.

Había conquistado, por fin la libertad, la riqueza y uno de los más ilustres títulos de Francia.

Podía gozar de la costosa conquista.

Sola en su habitación con el duque, le dijo con su incisivo tono:

—Ya está hecho. ¿Tan difícil era? Es como si tras rudas batallas, nos hubiéramos apoderado de un reino. Hay que conservarlo y borrar lo ocurrido.

Luisa, que era un modelo de ama de casa, lo había dispuesto todo, sin olvidar un detalle.

De madrugada había enviado á Dieppe á Luciana con el fiel Germán, ayuda de cámara del duque, para dar la última mano á la quinta y prepararla para recibir á los amos.

El duque, por su parte, tenía prisa en estar fuera de París algunos días.

La compañía del barón Noel le molestaba extraordinariamente.

La duquesa tenía interés en conservar buenas relaciones con su cuñado. Su fortuna, ó á lo menos sus rentas, aumentarían considerablemente si el barón quería conservar sus capitales; pero para el asesino de Santiago Bresson era un suplicio el verse frente á frente del hermano de su víctima.

El duque se sentó en una butaca y aguardó á que su esposa cambiase de traje.

El tren de Dieppe salía á las cinco y cuarenta y el señor de Vaudrey pensaba divertirse en el viaje.

La baronesa había ensalzado los atractivos de aquella quinta soberbia que él conocía de vista.

Estaba seguro de hallarla admirablemente dispuesta, para una estancia de bastantes días.

Confiaba en Germán, que conocía sus hábitos.

Germán era un criado á pedir de boca, pero tenía dos ligeros defectos.

Le gustaban las mujeres y el vino, el bueno sobre todo, pero no hasta embriagarse, sino hasta ponerse alegre y revoltoso.

Sin estos dos flacos, Germán hubiera sido un criado perfecto; pero ¿quién no tiene faltas?

Durante dos ó tres días, Luciana y Germán, con el portero y los jardineros, debían hacer el servicio de la quinta.

Si la permanencia de los recién casados se prolongaba, irían otros criados.

A las cinco y veinte el cupé de la duquesa volvía á salir del palacio y se dirigió á la estación de San Lázaro.

Los dos esposos habían tomado un departamento reservado.

A las cinco y cuarenta partió el tren ruidosamente.

Pronto pasaba con estrépito bajo los puentes de la plaza de Europa.

Viaje delicioso cuando los recién casados huyen como dos palomas á buscar un nido entre el follaje y las flores.

Pero el duque y Luisa nada tenían que dírse.

La vanidad y la codicia los había reunido; y desde Asnières comenzó el fastidio.

El duque pensaba: ¡Tengo los millones de Santiago Bresson! y Luisa: ¡Al fin soy duquesa!

## XV

## GERMAN.

La quinta de Bresson está en la costa, á unos tres kilómetros de Dieppe, cerca de Pourville.

Es un edificio grande y suntuoso, rodeado de magníficos jardines.

Aunque los vientos del Oeste soplen con ciclónica violencia, no hay miedo de que lo extremezcan sobre sus graníticos cimientos.

Muy lindo, por lo demás, con sus tejados de pizarra con cresterías de plomo y sus agujas y bocanetas, cuyo gallardo perfil se destaca sobre el fondo azul ó gris del cielo.

En invierno la quinta está á cargo de dos jardineros, uno de ellos casado.

La mujer hace de portera.

Los jardineros ocupan dos pabellones á ambos lados de la verja de entrada, á doscientos metros del principal edificio.

En el piso bajo de éste, á seis piés bajo el nivel

del suelo, están las habitaciones de los criados, las bodegas y las cocinas.

Los tres pisos superiores de piedra y ladrillo, tienen vistas soberbias á Dieppe, al mar y al campo.

La habitación de Luisa, preparada por el barón Santiago, con un lujo increíble, está en el segundo piso.

En las costas de Normandía la temporada de baños no principia hasta el mes de Julio.

Era á últimos de Junio, y á las quintas vecinas no habían acudido aún sus habituales huéspedes.

La quinta Bresson estaba, pues, casi completamente aislada.

Fuera de los jardineros, bastante distantes de la casa, nadie podía oír lo que pasaba dentro.

La quinta es accesible por dos lados.

Por el acantilado de la costa, deslizándose entre la maleza y escalando, lo cual no exige gran esfuerzo, la pared que forma sobre el acantilado más bien un adorno que otra cosa, ó por la verja de madera, obra maestra de ebanistería, defendida por un cobertizo á la normanda, y que da al camino de Dieppe.

Véase lo que aquella tarde había pasado en la quinta.

Luciana había llegado á las dos con el ayuda de cámara del duque.

Germán, obedeciendo á su natural propensión á las mujeres, había estado galante sobre toda pon-

deración durante el viaje; pero Luciana no era fácil de conquistar, y además, la plaza estaba ya tomada.

La antigua discípula de las hermanas de la Caridad pertenecía á Juan María.

Le había dado palabra.

El matrimonio se verificaría algunas semanas después del de la baronesa, cuando pudieran orientarse y saber por qué decidirse: por el momento la casa Bresson estaba toda revuelta, y había que esperar á que volviese á su normal existencia.

Juan María lo aseguraba con tal seguridad que Luciana le creía á ojos ciegos.

Pero Germán ignoraba estos proyectos y trabajaba por su cuenta.

Aunque Luciana no era una beldad, tenía la gracia suficiente para amenizar un viaje.

Los dos compañeros de camino almorzaron bien en el hotel de Paris de Dieppe, antes de ir á la quinta.

Tenían tiempo de sobra.

Los años no habían de llegar hasta las diez, y no se necesitaban tantas horas para arreglar las maletas y dar á los muebles el último plumero.

La alegría de Germán era verdaderamente estrepitosa. Parecía que tenía azogue en el cuerpo.

Entre el rodaballo á la Dieppe y las chuletas á la normanda, hizo esta confesión importante:

—Si nos descuidamos un poco, no sé lo que hubiera sido de nosotros, Luciana. Cuatro semanas más, y tenemos que cargar con alguna fectona para

reponernos. ¡Pero hemos tenido la vida más alegre!

Germán creía que iba á comenzar la fiesta y no lo ocultaba.

A los postres, el ayuda de cámara contaba á su compañera, con curiosos detalles, las calaveradas de su amo.

El vino de Beaujolais, combinado con cierto licor de su gusto, le desataba la lengua.

Pasó revista á todas las queridas del duque, desde que le conocía, y la lista se alargaba, casi como la de Don Juan, cuando llegó á la duquesa.

—¡Oh! esta, esta, dijo, me llamó la atención en seguida. Mujer de talento. Me figuré que atraparía al amo. ¡Pero qué gusto el caer bajo tan hermosa oriatura! Daba vértigos verla. La primera vez que se citaron, yo no sabía lo que me pasaba..... Yo lo preparé todo. La casita rústica de Langou es una monería. ¡Una monería á lo Richelieu! Era en Septiembre de 1881, un día soberbio, tan cálido como hoy, un día que ni de molde para amores campesinos..... ¿El corazón no le dice que?.....

—No.

—Mal hecho; el amor es la poesía de la vida.

Germán lanzó un suspiro enorme.

—¿Está usted seguro de que en 1881 preguntó Luciana.

—Tengo buena memoria. Aun me parece que la veo. ¡Qué bien se escurría entre los arbustos para que no la vieran! ¿Y usted se figurará que el du-

que renunció á las otras queridas en obsequio de la nueva?

—¡Diantrel!

—Pues no señor. A todo hacía frente. ¡Mire usted cómo vivíamos!

—¿Usted también?

Germán con expresión picarezca:

—Yo no soy duque, contestó; pero se hace lo que se puede.

Luciana estaba furiosa.

La baronesa se había burlado de su credulidad, ocultándole la mitad de la intriga y no revelándosela sino por necesidad y al año de comenzada.

Sonrióse malignamente en previsión de la revancha.

La baronesa pagaría caro su disimulo.

Cada cual tiene sus pretensiones, y Luciana cifraba las suyas en no ser nunca engañada.

Al levantarse de la mesa, después de tomar café y de beber champagne auténtico, más una copita de ron que parecía una condensación del sol de la Jamaica, el confidente del duque de Vaudrey se había disparado.

Luciana no probó el licor tropical que el otro ponderaba.

Tenía una virtud: la sobriedad.

Germán retrató de cuerpo entero á su amo.

Para accesos de franqueza sin límites, no hay como los bebedores.

Se dice que la verdad está en el fondo de un pezo.

No es exacto el dicho popular: la verdad está en el fondo de las botellas.

Germán bebía, pero sabía ser criado.

Era hábil, discreto, y mientras no andaba de por medio el jugo de la vid ó alguna pasioncilla amorosa, callado y listo como un ciervo.

Sabía guardar las formas.

Siempre habla á su dueño en tercera persona, lo cual tenía su mérito.

En el antiguo régimen se prefería la lealtad al respeto.

Hoy se ha progresado. La lealtad ha muerto, pero sobrevive el respeto..... en las palabras.

La moda exige criados como Germán y Luciana.

En un instante dejaron las habitaciones de la quinta como si no hubiesen estado deshabitadas.

Los jardines, por otra parte, estaban primorosamente cuidados.

A las seis, Germán quiso descansar, pero acompañando al descanso con la colación consiguiente.

Luciana aprobó sin discusión la idea.

Había tomado sus precauciones.

Ella era, en cierto modo, la dueña de la casa.

El duque iba á estar en casa de su mujer, según las cláusulas del contrato.

Germán era, por consiguiente, el huésped de Luciana que se lo indicó graciosamente.

Germán entendió á media palabra.

—Yo soy la que convido, dijo mirando al reloj, regalo de su futuro esposo.

Los regalos conservan la amistad, y Luciana de

bía estimar mucho el de Juan María, porque lo consultaba á cada instante.

A las seis y media creyó llegada la hora de sentarse á la mesa con su compañero, y cogiéndole del brazo con cierta confianza, le dijo al oído esta palabra importante sólo por el tono con que fué pronunciada:

—¡Vamos!

Una encantadora perspectiva de placeres se presentó ante los ojos del ayuda de cámara.

Echó á Luciana una mirada incendiaria á la que no puso la doncella ningún correctivo.

La mesa estaba puesta en una especie de cuarto de fumar, próximo al comedor de los criados, que en casa de los Braddon tenían alojamiento de príncipes.

Un saloncito precioso, tapizado de telas de colores y dibujos japoneses, con canapés de bambú muy bajos y anchos.

Un departamento magnífico, que muchos capitalistas de provincia hubieran querido para sala de recibo.

—Se conoce que la gente se cuida en esta casa, dijo Germán admirado.

—Ya lo creó. Los amigos no descienden de cruces, ni tienen veneras en los escudos, pero dinero no falta. ¿Qué vale esta bicoca? Esto es una simpleza, amigo mío, una sortijilla del tres al cuarto. ¡Si viera usted la caja del barón Noël!

—¡Ojalá! pero con un cuarto de hora de permiso para saquearla.

—¡A buena parte! ¡No tiene pocos cerrojos! Cualquiera abre un agujero sin que el barón lo note. La casa marcha divinamente.

—¡Mejor que la nuestra!

—¡Oh! Ahora habrá que andar derechos. La señora gusta á mil maravillas.

Servía á los dos criados una gruesa aldeana, mujer del principal jardinero.

Hay jerarquías en todas las clases.

Para la jardinera de Pourville, Germán y Luciana eran unos personajes.

La comida fué excelente.

Los vinos procedían de la bodega de la casa.

El criado del duque los batió debidamente.

Había concluido su servicio y podía embriagarse á sus anchas.

El duque y la duquesa no los necesitaban.

A los postres, Luciana despidió á la jardinera.

—Julia, le dijo, puede usted retirarse. Nosotros nos serviremos. Lleve usted la cesta de botellas que hay en la despensa, y hagan ustedes lo que nosotros. Esta tarde nadie trabaja.

Julia se retiró.

Los jardineros tenían comida abundante.

Del hotel de Paris había venido comida para doce personas.

—Diviértanse ustedes, dijo Luciana.

A las ocho estaba en plena fiesta toda la quinta.

El vino que Luciana servía copiosamente á su compañero, no sólo le soltaba la lengua, sino que le inspiraba una galantería ómnica y acometedora.

Luciana estaba de humor.

Le oía con visible placer, pero insistiendo en que brindase por sus amores.

—Beba usted, decía mostrando á Germán una serie de botellas con etiquetas deslumbradoras.— Tokai de 1856. Pruébelo usted. Es delicioso. El barón Santiago no hallaba otro mejor. Esta es Lacrimacristi auténtico, un regalo del duque de Palermo, cuyos negocios en París dirige el amo.

Poco á poco la cabeza de Germán, aunque sólida y resistente, fué poniéndose pesada; al ayuda de cámara se le trababa la lengua, y en el instante en que Luciana le animaba con benévola sonrisa, apoyó la calva frente en la mesa, dejó caer los brazos sobre dos platos llenos y comenzó á roncar ruidosamente.

Luciana se encogió de hombros y dijo:

—Ya cayó este zángano.

Tenia que hacerlo desaparecer, lo cual no fué difícil.

Luciana lo cogió por los hombros, lo echó con precaución al suelo, después de retirar la mesa, y en vez de dejarlo sobre uno de los canapés de bambú, lo metió debajo, lo puso contra la pared con un almohadón para la cabeza. Ruego propio de un alma generosa.

Cerró la puerta con llave y salió á pasear por los jardines.

Su precioso cronómetro marcaba las ocho y media.

En el pabellón de los jardines se oían alborozos

dos gritos, y aunque esta alegría era en efecto de su regalo, parecía molestarla mucho, mientras iba y venía con inquietud en derredor de los jardincillos.

Entonces, sobre todo, fué cuando menudearon sus consultas al reloj, cuyas manecillas corrían á su parecer con velocidad enojosa.

Al fin sorió satisfecha.

Los ruidos del festín iban apagándose.

Detrás de la tempestad venía la calma.

Ya solo se oyeron algunos gritos, pero cortos y apagados.

Luciana se acercó de puntillas al pabellón en que la orgía se celebraba.

Nadie podía verla.

Todos estaban dormidos.

Julia había quedado apoyada en el hombro del jardinero soltero, que estaba recostado contra la pared.

El marido, más afortunado, roncaba como Germán, pero bajo la mesa.

Luciana entró tranquilamente en el pabellón, echó en la piedra vertiente de la cocina el sobrante de todas las botellas que contenían la pérfida bebida, lavó perfectamente la piedra y volvió á poner en sitio las botellas.

Luego apagó las luces, volvió al terrado que mira al mar, se inclinó sobre la barandilla y esperó algunos minutos.